

Padre celestial con su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo, en Trinidad indivisa, vendrán al alma caritativa, harán en ella su mansion, y la llenarán de todos los bienes, gracias y carismas que puede producir toda la Trinidad beatísima en aquella alma feliz que llega á ser su sagrario. Esta ventura es la que lograron los santos, de aquí nacieron aquellos admirables éxtasis, raptos, deliquios y otros afectos amorosos que nos causan admiracion, y excitan á la Iglesia á tributarles sus cultos, bendiciendo á Dios, que tanto amor y tanta caridad quiso dar á sus siervos.

---

### DIA VEINTE Y OCHO.

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Agustin, ornamento del orden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en Africa, el dia 15 de noviembre del año 354. Fué de honrada familia; y aunque patricio, su padre no era todavía cristiano, pero su madre santa Mónica ganó tanto el corazon de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que logró fuese cristiano todo el resto de la casa. No ejerció poco la virtud y la paciencia de su santa madre la inquieta y bulliciosa infancia de Agustin. Por la vivacidad extraordinaria de su ingenio, y por la vehemencia de sus tiernas pasionzuélas, que ya asomaban la cabeza, era poco dócil á las instrucciones. La misma facilidad que tenia en comprender, le hacia flojo y descuidado en estudiar. Era su pasion dominante

el amor de la libertad y de las diversiones, no pudiendo tolerar ni freno ni sujecion. No perdonaba la virtuosa madre medio alguno para darle una cristiana educacion; ya le habia hecho alistar en el número de los catecúmenos, cuando cayó peligrosamente enfermo, y se vió á las puertas de la eternidad. Él mismo pidió entonces el bautismo; pero aliviándose poco despues la enfermedad, y desconfiando todos de sus malas inclinaciones, se tuvo por conveniente dilatar-sele, hasta que con la madurez de la edad mejorase de disposicion.

Luego que aprendió á leer y á escribir en Tagaste, le enviaron á Madaura, ciudad poco distante, á estudiar la gramática y letras humanas. Inmediatamente se enamoró mucho de las fábulas y de todos los vanos delirios de la profana antigüedad. Muy desde luego comenzó á sobresalir entre todos sus condiscipulos por la superior valentía de su ingenio, distinguiéndose particularmente en el ejercicio de la elocuencia. Dieron á su padre informes tan ventajosos de su rara comprension y extraordinarios talentos, que á los diez y seis años de edad le retiró de Madaura, y le envió á Cartago para que allí continuase sus estudios. Pero mientras se disponia el viaje para aquella ciudad, se detuvo un año en Tagaste sin aplicarse á nada en casa de sus padres; y en este tiempo de ociosidad, se entregó sin freno á todo género de disoluciones. Aflijida intimamente la piadosísima madre, hacia cuanto podia para que volviese sobre sí el mal aconsejado hijo; pero ni sus ruegos, ni sus amorosas reprehensiones, ni sus saludables consejos hacian impresion en un jóven perdido, á quien todo se lo disimulaba la excesiva indulgencia de su padre. Pasando á Cartago, aun se abandonó mas desbocadamente á los excesos de la lascivia, fomentada con las perversas companias y los espectaculos profanos, á que era vehemen-



temente inclinado. Con todo eso, en medio de tante desórden, como no podía borrar de su corazon aquellas impresiones que habian grabado en él las primeras cristianas lecciones de su virtuosa madre. pedía á Dios de cuando en cuando el don de la castidad, pero con miedo de que se le concediese. Deleitábase mucho en leer las obras de Ciceron, en las cuales solo le disgustaba, como él mismo lo dice, no encontrar el nombre de Jesucristo, que se le habia imbuido en el alma desde sus mas tiernos años. Como el desórden de las costumbres conduce casi siempre á la irreligion, cayó en todos los errores de los maniqueos, bien que en el fondo los reconocia muy extravagantes.

Entre tanto, afligida mas y mas santa Mónica, noticiosa de aquel nuevo desbarro de su hijo, lloraba amargamente dia y noche delante del Señor, pidiéndole sin cesar que tuviese misericordia de su hijo. En la amargura de su corazon acudió por consuelo á un santo obispo, el cual la serenó, diciéndole: *Anda, hija, continúa en gemir y en suplicar al Señor, que no es posible se pierda un hijo de tantas lágrimas.*

Siendo ya Agustin la admiracion de los sabios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y por su celebrada elocuencia, enseñó la retórica en Cartago á los veinte años de su edad; y creyendo en él la ambicion con el aplauso, resolvió pasar á Roma. Por mas que hizo, no pudo este intento ocultársele del todo á su piadosa madre, que habia venido á Cartago para trabajar mas eficazmente en su conversion. Quiso seguir á Agustin; pero este se desembarazó de aquel estorbo con un artificioso engaño. Aconsejóla que pasase en oracion aquella noche en una capilla de san Cipriano, que estaba inmediata al puerto; y mientras su santa madre se hallaba an dovotamente divertida, él se hizo á la vela. Hospedóse en Roma en casa de un maniqueo, donde cayó peli-

grosamente enfermo; pero ni por eso se convirtió. Profesó en aquella ciudad la retórica aun con mayor aplauso que en Cartago, á tiempo que el magistrado de Milan escribió al prefecto de Roma, pidiéndole que le enviase un retórico hábil y sobresaliente. Hubo poco que deliberar en la eleccion, y fué Agustin preferido á todos los demás. Luego que llegó á Milan, pasó á visitar al obispo Ambrosio, cuya fama metía mucho ruido en el mundo. Recibióle con tanto agrado, que le comenzó á ganar el corazon; y asistiendo despues con frecuencia á los sermones del santo prelado, sintió renovarse en su alma todos los remordimientos de su conciencia.

Ya habia tiempo que, habiendo confundido á Fausto, el mas célebre de los obispos maniqueos, en una conferencia pública, miraba con muchísimo desprecio sus errores, y estaba muy disgustado de su secta; pero el comercio carnal en que estaba enredado con una mujer, de quien habia tenido un hijo, le servia de estorbo para abrazar la religion católica, sin embargo de estar bien persuadido de que ella sola era la verdadera. En estas circunstancias llegó á Milan santa Mónica, resuelta á no desistir hasta alcanzar de Dios la conversion de su hijo, ayudada tambien de san Ambrosio. Encontróle ya en términos que ni era maniqueo ni católico. Parecióle á aquella santa madre que convenia casarle para separarle de aquella mala vida: consintió Agustin en la proposicion, y luego despachó al Africa la mujer con quien vivia amancebado, la que pasó el resto de sus dias haciendo penitencia. En este intermedio, como no cesaba la gracia de solicitar interiormente el corazon de Agustin, ya por los consejos de santa Mónica, ya por las conversaciones y sermones de san Ambrosio, le inspiró el deseo de tener una conferencia con un santo presbítero llamado Simpliciano, que habia instruido el mismo san Am-



brosió. Este le exhortó con viveza á que rompiese generosamente los lazos que le tenian aprisionado, y le refirió la conversion de Victorino, en que habia tenido tanta parte el mismo Agustin, y era conocido de él. Hizole tanta fuerza el ejemplo de un hombre tan famoso, que resolvió imitarle; pero esta no era mas que una media voluntad, que nunca pasaba á la ejecucion.

Estando un dia en su cuarto con su amigo Alipio, entró Ponciano, que lo era de los dos. Vió en la mesa las epistolas de san Pablo, de que se mostró muy edificado; y como era un caballero muy cristiano, tomo de aqui ocasion para hablar de la asombrosa vida de san Antonio, de la multitud de monasterios que poblaban los desiertos, y de la admirable conversion de los dos oficiales del emperador, que, leyendo la vida de este gran santo, inmediatamente volvieron las espaldas al mundo, y abrazaron la vida cenobitica, entregándose á la oracion y á la penitencia. Despidióse Ponciano de la visita; y Agustin, vivísimamente conmovido de lo que acababa de oír, se levantó del asiento, y vuelto á su amigo Alipio, le dijo con un tono de voz, que mostraba bien lo mucho que iba obrando la gracia en su corazon: *¿Qué es esto, Alipio? ¿en qué nos detenemos ya? levántanse los indoctos, y nos arrebatan el cielo; ¿y nosotros con toda nuestra ciencia andamos siempre arrastrando por la tierra? ¿Pues qué! porque ellos fueron mas cuerdos que nosotros, ¿no nos atreveremos nosotros á serlo tanto como ellos? Y po que ellos fueron delante, ¿tendremos nosotros vergüenza de seguirlos?* En diciendo esto, se salió del cuarto arrebatadamente. Admirado Alipio de tan extraña mudanza, le fué siguiendo hasta el jardin. Allí se sentó Agustin, y comenzó á desahogarse en lágrimas y en suspiros; pero no teniendo toda la libertad que deseaba á vista de su amigo, se levanto, y sin hablarle palabra, se encaminó á lo mas retirado del jardin, ar-

rojóse al suelo debajo de una higuera; y desatados sus ojos en dos torrentes de lágrimas, comenzó á exclamar con una voz interrumpida de sollozos: *¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo tengo de experimentar los efectos de vuestra indignacion? ¿hasta cuándo dejaré siempre para mañana lo que puedo hacer hoy? Y si mañana, ¿porqué no desde ahora?* Al pronunciar esto, oyó una milagrosa voz que le decia: *Toma y lee, toma y lee.* Atónito con lo que oia, se levanta, vuelve á buscar á Alipio, toma en las manos las epistolas de san Pablo que habia dejado junto á él, ábre las, y encuéntrase con estas palabras: *Alejaos de la disolucion, de los sucios deleites, de las inmundicias; pero vestios de nuestro Señor Jesucristo, y no cuideis de la carne en lo que toca á sus concupiscencias.* Apenas acabó de leer la última palabra cuando de repente se halló muy superior á todas las irresoluciones, y en una gran tranquilidad. Igualmente movido Alipio quiso tambien ser su compañero en la nueva vida. Saliéronse los dos, buscaron á santa Mónica, y le refirieron cuanto les habia pasado. Fué inexplicable el gozo de la virtuosa matrona, especialmente cuando oyó á su hijo Agustin que ya no pensaba en casarse, sino en la soledad y en el retiro.

Para disponerse mejor á recibir el santo bautismo, se retiró Agustin á una casa de campo poco distante de Milan, en compañía de su madre, de su hijo Adeodato y de su amigo Alipio. En este retiro compuso el libro *contra los academicos*, el tratado *de la vida feliz*, el *de la inmortalidad del alma*, el *del orden de la Providencia* y los *soliloquios*. Pasaba casi la mitad de la noche meditando las verdades de la religion; continuaba sus oraciones hasta muy entrado el dia, y encontraba en los salmos un gusto muy exquisito. Escribió á san Ambrosio, que tanto suspiraba por la conversion del hijo de Mónica, dándole cuenta de la



disposicion en que se hallaba, y pidiéndole sus instrucciones para prevenirse al sagrado bautismo. Al principio de la cuaresma del año 387 se restituyó á Milan, y en fin fué bautizado por san Ambrosio el sábado santo en compañía de su hijo Adeodato, y de su grande amigo Alipio. Dicese que en aquella solemnisima funcion compusieron entre san Ambrosio y san Agustín el himno, ó el cántico *Te Deum laudamus....* en accion de gracias por una conversion que colmaba de gozo á toda la Iglesia, siendo una insigne victoria contra todo el infierno.

Contaba treinta y tres años san Agustín cuando fue bautizado. Elevado por el bautismo á la dignidad de hijo de Dios, resolvió conservarla toda la vida con la pureza de costumbres, y con el arreglo de toda su conducta; pero considerando que el bullicio del mundo podia servir de estorbo á sus intentos, tomó el partido de retirarse; y resolvió buscar en el Africa aquel lugar que le pareciese mas á propósito para llorar sus pecados. Partió de Milan en compañía de su madre y de su hijo, y se detuvo en el puerto de Ostia esperando embarcacion. Aquí perdió á su querida madre santa Mónica, y no pudo negar sus tiernas lágrimas á la muerte de aquella que tantas habia derramado por él en el discurso de su vida. Concluidos los funerales de su santa madre, paso á Roma con ánimo de detenerse algun tiempo en aquella ciudad, y todo le empleó en solicitar la conversion de los maniqueos. No pudiendo sufrir el descaro con que se jactaban de su imaginaria continencia, para curarlos y para reducirlos á la fe, compuso entonces los dos libros *de las costumbres de la Iglesia católica, y de las costumbres de los maniqueos*; y poco despues el tratado *del libre albedrío contra los mismos herejes*.

Habiéndose detenido en Roma de quince á diez y seis meses, se embarcó en Ostia, y aportó al Africa

hacia el fin del invierno del año 389. Retiróse á una casa de campo con algunos amigos suyos, y por espacio de tres años se entregó enteramente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Ocupábase dia y noche en oracion, y en el estudio de la religion y de la sagrada Escritura. Ayunaba todos los dias con extremado rigor, y maceraba su carne con grandes y continuas penitencias. En aquel santo retiro compuso los dos libros sobre el *Genesis*, y el que intituló *el Maestro*, que es un admirable diálogo con su hijo Adeodato. Este hijo tan querido se le murió poco tiempo despues en el mismo retiro. Luego compuso aquel libro *de la verdadera religion*, una de las obras mas excelentes de tan esclarecido varon.

Contaba Agustín casi tres años en las piadosas delicias, sosiego y gusto de aquella amable soledad, cuando le obligó á salir de ella la fama de su eminente virtud y de su rara sabiduria. Cierta gran señor de la ciudad de Hipona, una de las principales de la Numidia, gran cristiano y grande amigo de nuestro santo, le instó para que pasase á verle. Consintió Agustín en este viaje por la esperanza de ganar á aquel caballero, y de reducirle á que aumentase el número de su pequeña comunidad. Hallándose en Hipona el obispo de aquella ciudad, llamado Valero, propuso al pueblo la necesidad que tenia aquella iglesia de un presbítero virtuoso y sabio que le ayudase en las funciones de su ministerio episcopal. Como los vecinos tenian tan conocida la virtud y la sabiduria de Agustín, no quisieron otro; pero era menester sorprenderle, porque le sobresaltaba hasta la sombra de toda dignidad. Entró un dia en la iglesia á tiempo que estaban juntos los fieles, y al instante echaron mano de él; y sin dar oidos, ni á sus lágrimas, ni á sus ruegos, ni á sus razones, todos á una voz comenzaron á clamar que le ordenasen de presbítero. El obispo Va-



lerio, que estaba ya de acuerdo, hizo menos caso que todos de los elocuentes argumentos esforzados por su humildad y por su ingenio, con que le fué preciso rendirse: y habiendo recibido los demás órdenes sagrados, le ordenó de presbítero el mismo obispo. Lo mas que pudo capitular fué que le habian de hacer donacion de una huerta de la iglesia para fundar en aquel sitio un monasterio. Luego que se acabó la fábrica, concurrieron á llenarla gran número de sugetos excelentes, para los cuales compuso el santo su regla. Era en ellos extrema la pobreza, el ayuno y el silencio continuo, la oracion poco interrumpida. Y esta es aquella admirable regla, que fué como fecunda madre de tantas familias religiosas, y lo es el día de hoy una de las mas ilustres y de las mas santas que adornan la santa Iglesia. Aunque todavia no se acostumbraba en la de Africa que predicasen los presbíteros, siendo este ministerio propio y privativo del pastor, no dudó Valerio dispensar esta costumbre en favor de san Agustin. Quiso, pues, que repartiese al pueblo el pan de la divina palabra, y lo hizo con tanto fruto, que ya no le conocian por otro nombre, sino por el del apóstol de la palabra de Dios. Predicaba todos los días, y cada día a mayores concursos, y con mas universal aplauso.

No contentándose Agustin con hacer guerra á los vicios por medio de sus sermones, se la hacia tambien, y no menos sangrienta, con las armas de sus escritos. Compuso el libro *de la utilidad de la fe*, con el cual reformo muchos abusos que se habian introducido en Hipona. Tuvo una disputa publica con Fortunato, que era el heroe de los maniqueos, en la cual no solo le confundio, sino que tambien le movio, pues prometio convertirse; aunque esta promesa se redujo despues á ausentarse, y á no parecer mas en la ciudad. El año de 393 asistió al

concilio de Hipona, convocado por Aurelio, obispo y primado de Cartago, en que, a ruego de los padres, compuso el libro *de la fe y del simbolo*, que es un admirable compendio de la doctrina cristiana. En el mismo año publicó varios escritos contra los donatistas y los maniqueos. declarándose el azote de todos los herejes. El año de 394 se estrechó aquella intima amistad entre san Jerónimo y san Agustin, habiéndola formado Alipio con ocasion de un viaje que hizo á Palestina. Tambien san Paulino de Nola quiso tener correspondencia con nuestro santo, que ya era venerado en el mundo como el oraculo de la Iglesia; y en fin, no habia en toda ella sugeto alguno sobresaliente en letras ó en virtud, que no solicitase entablarla con aquel grande hombre. Pero el obispo Valerio, temiendo que le arrebatasen a Agustin para alguna iglesia destituida de pastor, quiso asegurarle; pidióle por coadjutor suyo, y lo consiguió. Juntos los obispos de la provincia, y despreciando su resistencia á aquella sublime dignidad, le obligaron á rendirse á la voluntad del Señor, consagrándole por obispo coadjutor del de Hipona el año de 395, á los cuarenta y dos de su edad.

Estremeciéronse todas las sectas luego que vieron á Agustin colocado en la silla episcopal. Los donatistas, de que estaba lleno aquel país, previendo el peligro que corria su partido si Agustin se declaraba contra él, pidieron composicion. Ofrecioles una conferencia, obligaron á Proculino su obispo á que la aceptase; pero este nunca tuvo valor para medir sus fuerzas con tan formidable adversario. Recurrieron á una tropa de bandidos y de facinerosos, que era la gente mas honrada y la mas escogida de los donatistas. Llamabanlos *circonceliones*, porque su ocupacion se reducía á rondar continuamente alrededor de las casas, para cometer todo género de insolencias y de crueldades. Seditos de la sangre de los católi-



cos, se alampaban mucho mas por la de Agustín: muchas veces intentaron asesinarle; pero siempre le libró Dios milagrosamente. En medio de eso, no cesaba el santo de trabajar en su conversion, ya con sus palabras, ya con sus escritos; y con esta ocasion, compuso sus tratados sobre *el bautismo*, y sobre *la unidad de la Iglesia*. Asistió á muchos concilios que se convocaron en Cartago y en otras partes, siendo el alma y el oráculo de todos ellos. Pero no le ocupaban tanto los herejes, que no dedicase su primera y principal atencion al cuidado de su rebaño, particularmente despues de la muerte del obispo Valerio, su predecesor, visitando su diócesis con todo el zelo y con todo el fruto que correspondia al alto concepto de su santidad y de su mérito.

Como los donatistas no cesaban de turbar la iglesia de Africa, se vió precisado el emperador Honorio á permitir una disputa pública entre los sugetos mas hábiles de los dos partidos. Celebróse en Cartago el ano de 411; concurrieron á ella doscientos ochenta y seis obispos católicos, y doscientos setenta y nueve donatistas. Asistió á este famoso congreso el tribuno Marcelino, á quien nombró el emperador por su comisario para evitar todo desórden. El principal, ó, por mejor decir, el único actor, fué nuestro Agustín que dejó confundido á Petiliano, el Aquiles de los herejes. Triunfó la religion católica, y se desvaneció como humo aquella espesa nube de donatistas. Pero ni fueron estos los únicos herejes que combatió nuestro santo, ni fué esta la única victoria que consiguió. Habiale escogido Dios para perseguir, para quitar la máscara, para atacar y para vencer á todas las herejías. Despues que confundió, postró y aterró á los arrianos, á los priscilianistas, á los origenistas y á los maniqueos, fué preciso que midiese sus armas con Pelagio. Este monje, originario de Irlanda, de tal ma-

nera habia engañado al mundo con su compostura exterior, con su cara de hombre penitente y mortificado, y con todo el aparato de varon ejemplar y virtuoso, que generalmente era tenido por hombre santo, y á la sombra de esta reputacion habia derramado por todas partes el veneno de la mas perniciosa herejía. Mientras el maestro la iba extendiendo por el Egipto, su discípulo Celestino la sembraba y la defendia en el Occidente. Refutó san Agustín todos los errores de esta emponzoñada secta por un prodigioso numero de escritos, que con razon le merecieron el glorioso nombre de *doctor y defensor de la gracia*.

No se hablaba ya en todo el orbe cristiano sino de los talentos, de las obras, de las victorias de san Agustín, venerado por el asombro del mundo, y por el hombre de la Iglesia. Acudian á él de todas partes para consultarle; ni se celebraba concilio, ó junta, ó congreso de obispos y de doctores á que no fuese llamado, y donde no fuese oido como oráculo. Pero lo mas admirable fué que, siendo tan elevado su mérito y siendo su fama tan extraordinaria, aun era mucho mayor su humildad. No habia hombre que hiciese mas bajo concepto de sí, ni se conoció jamás fiel alguno mas rendido á la silla apostólica. Aquel grande y sublime ingenio nunca perdió de vista su nada, ni los descaminos de su juventud. Con este humildísimo espíritu compuso el libro de sus *confesiones*, procurando templar la eminente reputacion de su santidad con aquella pública confesion de sus pecados. Dicése que, paseándose un dia por la orilla del mar, ocupada la imaginacion en querer apurar algunos puntos incomprendibles del inefable misterio de la Trinidad, en que á la sazón estaba trabajando, encontró un niño muy afanado al parecer en meter el agua del mar en una poza que habia abierto en la arena. Preguntóle el santo, qué pretendia con aquello. *Meter toda el*



agua del mar en esta poza, respondió el niño. Pues, hijo, replicó Agustín, ¿no ves que eso no puede ser? Mas fácil es esto, respondió el niño, que comprender con tu limitado entendimiento la grandeza del misterio incomprensible.

Así como su sabiduría no había hinchado su corazón, así tampoco habían entibiado su devoción los estudios. De pocos santos se cuenta virtud mas afectuosa ni mas tierna que la de san Agustín; de pocos, que tuviesen el corazón mas abrasado en un amor de Dios tan puro, tan activo y tan fogoso; de pocos, que profesasen á Jesucristo y á su santísima Madre una devoción mas viva ni mas tierna. *Atravesaste, Señor, mi corazón*, dice en una parte, *con una flecha de amor tan penetrante, que, introducida profundamente en el pecho, se quedó el encendido arpon dentro de la misma herida*. Este era aquel divino fuego que ilustraba su entendimiento, que inflamaba su corazón, y que encendía en él aquel fogoso zelo, por cuyo impulso fué siempre el azote de los herejes. Solo con leer sus *soliloquios*, sus *meditaciones* y sus *confesiones*, se reconoce el fuego del amor de Dios que le consumía, y la mucha razón con que le pintan con el corazón en la mano, rodeado todo de llamas, siendo cierto que no se podía discurrir simbolo mas adecuado. El esmero en la pureza no pudo subir á mayor punto: jamás permitió que entrase en su casa mujer alguna, ni su misma sobrina, ni su propia hermana, ni volvió á mirar la cara de alguna mujer. La caridad con los pobres correspondía á su abrasado amor de Dios. Decía que las rentas del obispo eran rentas de los pobres; y que, si el pobre no hallaba que comer en casa del obispo, era preciso que el obispo aquel día se quedase sin comer. No podía sufrir á los murmuradores por el horror que tenía á la murmuración; y era dicho comun, que

tanto temia la murmuración la presencia de Agustín, como el error sus disputas.

Hallándose el santo doctor cargado de años, pues ya contaba sesenta y dos, y mucho mas cargado de trabajos públicos, que se multiplicaban cada día, pidió que le diesen por compañero al presbítero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesis. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revisión y el exámen de sus obras, que componían ya el número de 232 libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en ellos un número casi infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exámen y esta revisión produjo la obra de sus *retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo, ó menos exacto que pudo habersele escapado, censurando y criticando sus escritos con extrema severidad. Había ya algun tiempo que san Agustín, consumido de penitencias y de trabajos, se sentía muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III de quien se imaginaba desairado, llamó á los Vandalos de España. Desembarcó en el Africa su rey Genserico al frente de ochenta mil hombres, y en menos de dos años se hizo dueño de toda ella, á excepcion de las tres ciudades principales Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero san Agustín nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los días á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar día y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvaran las ovejas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor que, si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo antes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le había oído



por la enfermedad en que cayó; y se dispuso para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los sacramentos con la fe y con la piedad de que estaba animado, y el día 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se deshacían en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fué la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fe, el almacén de la religión, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro de la moral cristiana. Los sumos pontífices, y hasta los mismos concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de san Agustín y de sus escritos. El papa san Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los primeros doctores de la Iglesia. San Paulino le apellida sal de la tierra; san Jerónimo, el enemigo del error; y Severo Sulpicio, industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijón taladra de parte á parte á los herejes.

Fué enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad, la incendiaron; pero las llamas respetaron el sepulcro y la librería del santo donde estaban todas sus obras. Los obispos de Africa, que fueron desterrados á Cerdeña, llevaron consigo el santo cuerpo, y en su destierro les sirvió de mucho consuelo aquel precioso tesoro. Allí estuvo por espacio de 206 años, hasta que Luitprando, rey de los Longobardos, le hizo raslar á

Pavia el año de 712, en cuya ciudad se conserva hasta el presente expuesto á la pública veneracion.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Hipona en Africa, la fiesta de san Agustín, obispo y doctor eminente de la Iglesia. Habiendo sido convertido á la fe católica por el zelo de san Ambrosio y bautizado por el mismo, defendió como atleta infatigable esta misma fe contra los maniqueos y otros herejes. Habiendo igualmente dado feliz cima á otras muchas obras en favor de la Iglesia de Dios, subió al cielo á recibir el galardón. Sus reliquias, trasportadas primero de su ciudad á la isla de Cerdeña á causa de los bárbaros, y con el tiempo á Pavia por Luitprando, rey de los Lombardos, se guardan honradas en esta última ciudad.

En Roma, la fiesta de san Hérmes, varón distinguido, quien, como se ve en las actas del papa san Alejandro, fué primero encarcelado, y luego acabó su martirio, siendo degollado con otros muchos, bajo el juez Aureliano.

En Brioude en Auvernia, el suplicio de san Julian, mártir, que, siendo conmliton del tribuno san Ferreol, y sirviendo en secreto á Jesucristo bajo el uniforme de soldado, fué preso en la persecucion de Diocleciano, y horriblemente degollado.

En Constanza, en la Galia Suiza, san Pelay, mártir, que recibió la corona bajo el emperador Numeriano y el juez Evilasio.

En Salerno, san Fortunato, san Cayo y san Anteso, mártires, que fueron decapitados en tiempo de Diocleciano y el procónsul Leoncio.

En Constantinopla, san Alejandro, obispo, ilustre anciano, por cuyos poderosos ruegos Arrio, condenado por altos juicios de Dios, se reventó arrojando las entrañas.